



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 18 (2012)

LA PENÍNSULA PARA USO DE INGLESES: LIBROS BRITÁNICOS DE MATERIA ESPAÑOLA, 1800-1850

PRESENTACIÓN DE LA SECCIÓN MONOGRÁFICA

El marco cronológico que abarca esta sección monográfica de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* no es casual. En la primera mitad del XIX, las relaciones entre Gran Bretaña y España fueron intensas, problemáticas y cambiantes. Tradicionales enemigos y enfrentados en guerras incontables desde que Isabel II y quien fuera su cuñado y soberano, Felipe II, se redescubrieran como sus respectivas némesis, los intereses geoestratégicos de ambas monarquías fueron antitéticos durante más de dos siglos, tanto en Europa como en América y en cuantos mares del mundo se jugaba la partida de la hegemonía internacional. Esa rivalidad histórica se asentaba, además, sobre la realidad de dos sociedades muy dispares en religión, costumbres, política, cultura, estructura social y económica. La herida en el honor español ocasionada por el tratado de Utrecht y su perpetuo recordatorio gibraltareño no cicatrizó en todo el XVIII y es bien sabida la inquina que Carlos III guardaba hacia la potencia isleña, que le hizo embarcarse en varias campañas bélicas, saldadas con éxitos repartidos. Los españoles fracasaron ante Gibraltar, pero contribuyeron poderosamente a la humillación sufrida por Jorge III en la guerra de las Trece Colonias.

La emigración de católicos irlandeses a España desde finales del XVII, aunque sirvió para establecer activos intercambios comerciales y empresariales, no era el caldo de cultivo adecuado para una comprensión mutua, sino más bien un motivo adicional de desconfianza. Para los británicos, España era el país de los orgullosos y arrogantes *dons*, paraíso del papismo más recalcitrante y tierra de inquisidores y frailes; de su cultura, se conocía poco más que el *Quijote* y, además, las tierras peninsulares quedaban al margen del *grand tour* que conducía a los jóvenes ingleses y escoceses de clase alta a un peregrinaje formativo por el continente europeo. Era considerado un país incómodo, atrasado y un tanto bárbaro, en una época en que la barbarie no era apreciada ni siquiera a título de exotismo y en que aún no había cobrado vuelo la moda orientalista que atrajera el interés hacia los monumentos de la España musulmana. Para los españoles, en cambio, las Islas Británicas eran un país de mercaderes tan industriales como mezquinos, apegados al materialismo burgués y de costumbres poco comprensibles. La existencia de libertad religiosa era interpretada como un tumultuoso guirigay de herejías y los derechos del pueblo y del Parlamento como una humillante y vergonzosa claudicación de la dignidad monárquica ante el poder del dinero. Para unas élites de cultura francófona que miraban siempre hacia París o Roma, lo que llegaba del Reino Unido era filtrado a menudo a

través de otras lenguas y países, y venía cuajado de incompreensión y desdén. Las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* escritas durante su visita a Londres por Leandro Fernández de Moratín pueden dar una idea bastante precisa del tono de extrañeza y no poca superioridad con que un alto oficial del gobierno borbónico contemplaba la sociedad británica, en la que el ejercicio del gobierno representativo y la opinión pública quedan equiparados a un tumulto tabernario de borrachos y demagogos.

Pero en determinado momento eso empezó a cambiar, en ambos sentidos. Ya desde principios del XVIII las líneas de la historia de los dos rivales se estaban desequilibrando y se disponían a cruzarse en tendencias inversas: España era un imperio decadente en trance de transformarse en una potencia europea de tercer orden, mientras que el Reino Unido se aprestaba a materializar una hegemonía política, militar y comercial que le haría ser la potencia mundial preponderante en el siglo XIX. En lo que atañe a la imagen mutua de ambas sociedades, el empujón definitivo que precipitó y dejó en evidencia esa trayectoria irremisible fue la crisis de la monarquía hispánica en 1808, con su posterior remolino de independencias ultramarinas y discordias civiles. Justo cuando el poder británico se hacía infinitamente mayor que lo que restaba aún del poder hispánico, y por lo tanto España dejaba de ser un rival a su altura, la suerte de la historia hizo que España y Gran Bretaña, venciendo su secular rivalidad, se uniesen ante el imperialismo francés, que amenazaba con tragarse Europa entera. La necesidad británica de combatir a Napoleón Bonaparte en todos los frentes forjó una estrecha alianza, no exenta de desencuentros, entre dos países que habían permanecido los dos siglos precedentes llenos de prejuicios e ignorantes desdenes. A partir de entonces el paradigma de relaciones mutuas cambió por ambos lados, aunque aquí nos hemos interesado solo por el cambio producido desde el lado británico.

Los factores que justifican tal mudanza son conocidos: los miles de soldados isleños que combatieron en la *Peninsular War*, los miles de exiliados peninsulares que pasaron a Inglaterra en sucesivas oleadas huyendo del despotismo en el continente, la simpatía que la lucha española por la libertad suscitó entre los británicos entre 1808 y las guerras carlistas, el nuevo proselitismo mutuo de católicos y protestantes espoleado por un contexto de mayor libertad religiosa, la potente entrada de España en el imaginario del exotismo romántico y su inclusión en el *grand tour*, el interés utilitario por la lengua y la cultura hispánica que trajo aparejada la apertura de Hispanoamérica a la influencia inglesa..., fueron otros tantos acicates para el auge de las «cosas de España» en las imprentas y periódicos de Gran Bretaña durante décadas. Ese es el periodo que pretendemos explorar, el que se abre con el nuevo siglo y sus convulsiones.

La bibliografía inglesa de materia española se hizo de repente inmensa, experimentando un incesante incremento e incluyendo, entre otros, libros de viaje, testimonios de los combatientes en la Guerra de la Independencia, traducciones de obras españolas, obras didácticas o divulgativas de lengua o cultura hispánica, obras literarias ambientadas en España, piezas de propaganda religiosa o de análisis sociopolítico, así como las obras de los exiliados peninsulares dirigidas al público británico. En este volumen monográfico de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* hemos pretendido dar cuenta, lo más novedosa posible, de esa nueva oleada de publicaciones, ocupándonos preferentemente de piezas y autores menos conocidos y tratados en la bibliografía sobre las relaciones hispanobritánicas y sobre la imagen de España en Gran Bretaña. Para ello hemos contado con ocho contribuciones de especialistas en la materia, entre los que nos complace particularmente que se encuentre José Alberich, antiguo profesor de la Universidad de Exeter y uno de los pioneros, desde los años 50 y 60 del pasado siglo, en el estudio de la imagen de España en Inglaterra, de los libros ingleses sobre España y de los viajeros isleños por nuestra penín-

sula. Junto a él, se encontrarán aquí varios investigadores de diferentes países, disciplinas y enfoques metodológicos.

El trabajo de Antonio Calvo Maturana nos retrotrae al momento inmediatamente anterior al cambio de paradigma que he mencionado. Las *Characteristic views of the past and present state of the people of Spain and Italy*, suponen una adecuada bisagra cronológica: se publican en el mismo mes de junio de 1808 en que los británicos van a verse sorprendidos por la emergencia de una nueva España cuya fogosidad y patriotismo ignoraban, pero su contenido, enfoque y composición no configuran sino «un viaje de gabinete que repetía los tópicos más manidos y no ofrecía las descripciones directas de un Swinburne, un Towsend o un Bourgoing». Era, por así decirlo, una mirada vieja y estereotipada que nacía arropada comercialmente por el interés que daba la actualidad y que acabaría generando una mirada distinta. El artículo supone un excelente resumen de la consideración tradicional de los españoles entre los británicos del siglo XVIII, en el umbral de su metamorfosis. Tal consideración se basaba en un cotejo entre ambas culturas, siempre desde la prejuiciada perspectiva de la superioridad inglesa y el rechazo al catolicismo del sur de Europa, algo que Calvo Maturana denomina «patriotismo por comparación».

El cambio de actitud se presenta aquí por dos vías distintas: una literaria y otra testimonial. Por un lado, los escritores británicos hallan un excelente vivero poético y simbólico en la materia de España, de forma que los hechos del presente pueden ser iluminados por las evocaciones líricas o épicas de su historia, que ahora pasa a ser la manifestación de un sentido heroico que explica la grandeza del sacrificio que los aliados ibéricos están haciendo para expulsar a Napoleón. Las consecuencias de ese constructo literario fueron de largo alcance y contribuyeron poderosamente a generar eso que solemos denominar «imagen romántica de España», todo un nuevo paradigma iconográfico e interpretativo que pondría la península ibérica en el centro de las fantasías y los periplos de los europeos cultos. Como constata Diego Saglia, «it was Romantic-period writers, translators and artists that encoded and, thus, effectively produced Spain for the imagination of nineteenth-century Britain and the English-speaking world». Robert Southey y Walter Scott fueron dos de esos escritores que hallaron aliento literario en las gestas hispanas y que concibieron composiciones poéticas sobre ellas que, en algún grado, pretendían contribuir a propagar la ayuda británica a España, que era muy controvertida en la política interior de Londres. Ambos son tratados en artículos específicos del presente número.

Entre agosto y septiembre de 1808 uno de los escritores más eminentes de su tiempo, e hispanista entregado, Robert Southey, dio a luz *The Chronicle of the Cid, from the Spanish*, complejo y rico intertexto que es objeto del trabajo de Diego Saglia. Southey fue uno de los mayores artífices de la identificación de España como tierra legendaria y como vestigio de un Medievo heroico, y extendió su influjo en ese punto sobre otros escritores de primera línea, como lord Byron. Saglia estudia «the mechanisms of importation, appropriation and reinvention through which Southey's *Chronicle* fashioned a portion of Spain's literary heritage for nineteenth-century British culture». El poeta fue también uno de los más activos sostenedores de la causa española en Londres, y ambas dimensiones se relacionan en su proyecto literario, como prueba el hecho de que fuera una de las primeras obras reseñadas (por Walter Scott) en el recién fundado *Quarterly Review*. Aunque la traducción estaba concebida desde tiempo atrás, el autor mismo indujo una lectura carismática que incidiera sobre la actualidad, transfiriendo la lucha medieval española entre la Cristiandad y el Islam sobre la «cruzada» que enfrentaba a la España del momento —y por tanto también a la Gran Bretaña cristiana y conservadora que Southey defendía— contra la Francia revolucionaria y atea. Ambos momentos históricos venían así a integrarse en un combate perpetuo entre el Bien y el Mal, de tal modo que:

Southey made Spain, and Iberia in general, the vantage points from which the past and present history of Europe and the West could be clearly and firmly viewed. In Spain Southey found some of the earliest traces of those structuring ideological categories —the nation, chivalry, Christianity and the Church, poetry as the voice of the people, history-writing and chronicling, the connection of the old and new worlds, the integration of people, aristocracy and monarchy— that shaped Western civilization and set it apart from Islam and other systems.

En análoga línea, el mismo Southey produjo poco después una versión poética del tema de Don Rodrigo, titulada *Don Roderick; Last of the Goths* (1814), que es estudiada por Susan Valladares como marco para comprender la obra en la que centra su análisis: el poema de Walter Scott *The Vision of Don Roderick* (1811). La vinculación de esa pieza con la guerra es obvia desde el mismo momento en que los beneficios de su tirada se destinaban a reunir fondos para el esfuerzo de guerra en Portugal. Pero este estudio va más allá y muestra la obra como parte de una agenda política que incluye aspectos como las tensiones nacionales (y específicamente escocesas) que subyacen a la narración de Scott, a su representación de los «Highlanders», su interés por la pluralidad esencial de la Península Ibérica, la exclusión de Sir John Moore del poema y la oposición al movimiento católico en Gran Bretaña. Obviamente, el juego de representaciones y connotaciones se desplaza en un haz de sentidos bidireccionales entre la Península y las Islas. No otra cosa supone la construcción de un imaginario nacional por parte de otra nación. El afán por suscitar la simpatía pública hacia un país que hasta bien poco antes había sido considerado como la bestia negra de la patria es solo el desencadenante de ese conjunto de imágenes que, desde entonces, se mueven impulsadas por su propia inercia. Obras como las de Southey y Scott se inscriben en el contexto de lo que la estudiosa denomina «diplomacia cultural»: «Canning had been right to anticipate that the Anglo-Spanish alliance would require a determined effort at cultural diplomacy: within less than a year, support for the Peninsular War was no longer unanimous, but partisan and fractured». En *The Vision of Don Roderick* el lazo que ata la evocación del pasado histórico español con la participación de los británicos en la guerra peninsular es absolutamente explícito e intencionado por parte de Scott, lo cual no dejó de ser notado y censurado por algunos de los reseñistas y críticos de su tiempo, singularmente por Francis Jeffrey, como explica el detallado análisis de Valladares.

Por otra parte, el punto de inflexión que supone 1808 no solo se manifiesta en la literatura inglesa de tema hispánico, sino en la abundante floración de textos testimoniales o autobiográficos de los muchos británicos que desde el rompimiento mismo de la guerra acudieron a España para participar de un modo u otro, como testigos o protagonistas, en el curso de los sucesos peninsulares. Esa producción bibliográfica es extensísima y en su mayor parte no ha sido estudiada de forma específica. En esta sección de *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* contamos con tres primeras aproximaciones a piezas que forman parte de esas numerosas y novedosas experiencias británicas de España. Los viajeros, políticos y soldados que pasaron por las tierras españolas en aquellos seis años de guerra revirtieron el desinterés y el desconocimiento del siglo anterior, construyeron una imagen directa de la España moderna, cambiaron unos tópicos por otros, generaron nuevos prejuicios y nuevas fantasías, y en suma colocaron el país en un lugar preferente del mapa mental de los lectores británicos.

Uno de los primeros y más cualificados viajeros que arribaron a las costas españolas en 1808 para conocer de cerca lo que pasaba, fue John Allen, médico y secretario del matrimonio formado por lord y lady Holland, a quienes acompañó en un viaje que tenía

mucho de embajada política y que se sumaba a una estancia anterior en un país que conocían bien y apreciaban. El extenso estudio de Elías Durán de Porras da a conocer por primera vez el diario de dicho segundo viaje, escrito por Allen y en su mayor parte dedicado al periplo por Galicia y Portugal, que aún permanece inédito, pero del que en este artículo se proporcionan cuantiosos extractos. El análisis se aborda desde la consideración del género de viajes, encuadrado en su peculiar molde genérico, pero también como testimonio contemporáneo de usos, hechos, personas y costumbres: «Del caso que nos interesa, el diario de John Allen, puede decirse que es un relato con gran valor histórico tanto por la veracidad de lo que cuenta como por ser un exponente claro de la mentalidad de una época. En este caso, la visión de un erudito liberal británico que conoce bien España». Ha de tenerse en cuenta, a este efecto, que Allen estuvo en contacto con lo más granado de las élites españolas, y que a la vez tiene una gran capacidad de observación sobre el mundo que le rodea. En tal sentido, Durán de Porras sitúa este diario en el tránsito entre la visión ilustrada y la romántica de España.

Allen era un viajero cualificado por su perfil intelectual y político. En cambio, la mayor parte de los ingleses que pasaron en aquellos años por España lo hicieron como militares en guerra, lo que condiciona sus intereses y su enfoque, que suele ser poco complaciente y lleno de prejuicios hacia el país que recorren. La alianza angloespañola fue siempre conflictiva y cuajada de acusaciones mutuas de falta de compromiso y eficacia en el esfuerzo bélico. Por lo general, los soldados británicos compartían una mala opinión genérica y generalizada sobre los ejércitos españoles, al tiempo que se atribuían a sí mismos todo el mérito de las campañas peninsulares. Los prejuicios acumulados durante siglos y la mala situación en que se encontraban España y sus combatientes se conjuraban, junto con el relativamente reducido número de los contingentes británicos destacados a la Península bajo el mando de Wellington, para que los militares isleños mantuvieran una permanente actitud de superioridad, pero también de irritación, hacia sus aliados. Muchos historiadores ingleses del XIX —y algún que otro moderno— han contribuido a amplificar tal clase de juicios negativos buscando apoyo acrítico en los libros escritos por los soldados que estuvieron sobre el terreno. Exagerando algo —pero tal vez no demasiado—, sería como si alguien quisiera escribir actualmente la historia de las guerras de Iraq y Afganistán basándose solo en los emails, entrevistas y testimonios de los *marines* estadounidenses que combatieron en ellas.

En ese sentido, el libro recuperado para esta ocasión por el profesor José Alberich, las *Recollections of the Peninsula* (1823) del capitán Moyle Sherer, supone un valioso contrapunto, por ser uno de los pocos testimonios británicos comprensivo y empático con los españoles, y que cuestiona la creencia unánime en que la guerra peninsular fue ganada únicamente por el talento de Wellington y la disciplina y eficacia de sus tropas angloportuguesas. Se publicó tardíamente, pero con éxito, ya que conoció hasta cinco reediciones. «Sherer, que nunca destacó entre las primeras figuras de la historiografía inglesa, dio sin embargo una nota de originalidad e independencia al sustraerse a la gran corriente de chauvinismo y parcialidad que dominó en su época.» Alberich, al hilo de este texto, dialoga con esa corriente historiográfica y, en alguna medida, la cuestiona.

No solo hubo diplomáticos y soldados construyendo esa nueva imagen de España entre los ingleses. Pere Gifra Adroher se ocupa de los *Travels* de Sophia Barnard, publicados a mediados de la década de 1820 y que tocan también a España, y en concreto a Andalucía. Esposa de un comerciante, los viajes de su marido la llevaron a Cádiz y otros lugares del país en guerra durante 1811. El enfoque del autor incide en desvelar qué aspectos de la mirada de la viajera se ven condicionados y diferenciados por su condición femenina, que impone una perspectiva distinta a la de la mayor parte de los viajeros que

pasaron por la Península. A este respecto, según Gifra, Barnard utiliza las convenciones de la literatura de viajes y discursos femeninos y colonialistas para retratar Andalucía no como una tierra byroniana saturada de experiencias placenteras, sino más bien como un marco lleno de peligros y dificultades donde la viajera protestante puede probar su virtud como madre y esposa, demostrar su inquebrantable fe cristiana, y también afirmar la supremacía de Gran Bretaña. Las mismas convenciones le permiten justificar su larga residencia en Andalucía en tiempos de guerra presentándose ante sus lectores no como una turista hedonista en busca de lo pintoresco, sino como una sufrida viajera que ha obtenido un beneficio espiritual de sus viajes por esa zona. El enfoque de género ofrece, pues, otra arista productiva en el complejo prisma de la nueva imagen de España y de la manera en que administrada y servida a los lectores británicos.

El estudio de Juan Luís Sánchez aborda un planteamiento diferente de este constructo multilateral que supone la imagen de España en el mundo anglosajón. En este caso, tomando como base los textos de José María Blanco White en *El Español* y en ciertas piezas poéticas de John Keats, se apunta al diálogo entre Gran Bretaña, España y la América Española a propósito de las controversias políticas que rodean el desarrollo sin parangón de Gran Bretaña como un imperio mundial y como un estado liberal moderno. Toda imagen nacionalista es bidireccional y en este caso se trata de una triangulación en la que se pretenden articular discursos imperialistas o antiimperialistas en el contexto del emergente movimiento romántico. Según el autor, existe un «transatlantic literary, political, and intellectual context for literary figurations of Spanish America» y tal contexto permite «to examine the historical dimensions that allowed British writers to imagine Latin America as both an important horizon of colonial desire and an object of liberal fantasies of independence and liberation». El pensamiento liberal británico, puesto ante la tesitura de construir un discurso que articulara y explicara la transformación de Gran Bretaña en un imperio, tuvo presente el caso hispanoamericano como ejemplo de estructura política que agrupaba diferencias sociales, raciales o culturales, que habían de integrarse con la prevalente idea de igualdad de una ciudadanía libre que postulaba el liberalismo. Una vez más, las representaciones nacionales se configuran como un discurso especular.

El último trabajo del monográfico es obra de Salvador García Castañeda, otro de los investigadores que viene desde antiguo trabajando sobre el diálogo entre España e Inglaterra en las primeras décadas del XIX. Su aportación nos lleva hasta el final del ámbito cronológico acotado: hasta los años cuarenta del siglo, en que la imagen de España ya se ha transformado a ojos británicos y en que hay nuevos intereses y nuevas situaciones. Hay un tipo diferente de viajero que observa a una España parcialmente modernizada, pero a la vez decaída y marginal en Europa. García Castañeda agrupa varios de esos testimonios sobre la vida, costumbres, política y usos de la capital, Madrid. Con referencias también a las obras de Richard Ford y George Borrow, el estudio se centra en el oficial de marina Samuel Edward Cook (luego apellidado Widdrington), autor de *Sketches in Spain in 1829-30-31-32*, de 1840, y de *Spain and the Spaniards in 1843*; en el periodista irlandés Martin Haverty, que recogió sus experiencias en el libro *Wanderings in Spain in 1843*, publicado al año siguiente; y en el también angloirlandés Terence Mahon Hughes, autor de *Revelations of Spain in 1845, by an English Resident* (1845), *An Overland Journey to Lisbon at the close of 1846; with a picture of the actual state of Spain and Portugal* y el poema *Iberia won: A Poem Descriptive of the Peninsular War, with Impressions* (1847). Toda una batería de textos que ponen el cierre al recorrido efectuado en estos ocho artículos y que «tienen en común una crítica aguda de la política del tiempo y del gobierno isabelino, observaciones agudas y amor por los españoles».

Espero que esta selección de miradas enriquezca y renueve una materia en la que hay una veta inmensa de fuentes aún por explotar, de la que aquí se han extraído tan solo algunas pocas.

Fernando DURÁN LÓPEZ
(Universidad de Cádiz)